

Divagaciones sobre Lo Fraternal.

Fernando Orduz¹

La reflexión que voy a realizar parte de una consideración previa, en el transcurrir del pensamiento psicoanalítico a lo largo del siglo XX, ha venido aconteciendo una transformación en la cual se va desdibujando el acento puesto en esa visión del ser centrada en una mismidad o intimidad dinamizada por las pasiones donde la exterioridad tiene un cierto matiz de hecho accidental, donde la realidad psíquica es lo que debe observarse de manera prevalente. Aunque Freud lo que enunció como primacía de la realidad psíquica sobre la realidad externa era una característica del funcionamiento de lo inconsciente, no del ser en su generalidad o en su dinámica.

La cinta de Moebius, como metáfora del pensamiento del siglo XX, nos fue llevando de una intimidad, pensada como interioridad algo enigmática, algo solipsista (que posiblemente se corresponda con el encierro en las cuatro paredes de un consultorio), a una comprensión interrelacional en donde lo externo podía considerarse como un agente o causa de la interioridad.

Este viraje ha estado movilizado por esa comprensión del Yo, donde la función alienante de su constitución ocupa un papel central. La famosa frase enunciada por Rimbaud (1871) a su profesor Izmaïard se ha encargado de servir como insignia de esta concepción. Decía el joven poeta:

Nos equivocamos al decir: yo pienso: deberíamos decir me piensan. — Perdón por el juego de palabras.

YO es otro. Tanto peor para la madera que se descubre violín, ¡y mofa contra los inconscientes, que pontifican sobre lo que ignoran por completo!

El otro, cuya raíz latina es alter, empieza a ser objeto de indagación en nuestra teoría, nos poblamos de teorías alter...nativas, los objetualistas, los interrelacionales, los transgeneracionales, los que se miran al espejo para ver imágenes invertidas, o los pluralistas que enuncian que no hay un otro sino dos (uno con minúscula y otro con mayúscula)

¿Por qué tanta insistencia en ese otro? ¿Cómo nos constituye ese alter? ¿Cómo nos altera ese alter? ¿Qué hacer con las diversas formas en que el alter se nos presenta en la vida, sea como semejante, prójimo, frater, extranjero, bárbaro, extraño, migrante?

En estos procesos contemporáneos de movilizaciones masivas de poblaciones que huyen de sus contextos originarios, de globalizaciones que imponen movi­lidades laborales o turísticas, de desarraigos generados por el amor y el

¹ Psicoanalista sin condición didáctica. Sociedad Colombiana de Psicoanálisis.

desamor, cabe la pregunta de ¿Qué hacer con ese frater? ¿Cómo alojamos a ese ser que proviene territorios lejanos?

En el mundo griego era un gran valor la idea de hospedar al extranjero. La xenia (xenos es extranjero en griego) era el ritual de la hospitalidad regido por Zeus, por ello se denominaba Zeus Xénios a la faceta del Dios protector de la hospitalidad. Dicho dios castigaba al que no cumplía el deber de la Xenia.

En la tragedia de Edipo, el detonante, el factor causal, está en una violación de este principio de hospitalidad. Layo cometió en su juventud una falta a dicha ley, al abusar de Crisipo, hijo de Pélope, quien le alojó y cuidó. Fruto de esa falta, y del clamor de Pélope por una venganza, es que los dioses le advierten a Layo que se abstenga de tener progenie o de lo contrario el hijo varón que nazca le asesinará.

Nos ilustra este relato sobre Layo, que en la Xenia hay un valor transgeneracional. Esto también lo mostrará Homero en la Ilíada, en un pasaje donde narra el encuentro de dos guerreros de facciones contrarias, Glauco y Diomedes, que antes de entrar en lucha se reconocen y recuerdan que sus antepasados practicaron la Xenia y por ello deponen las armas y se abrazan, no entran en el conflicto bélico.

En el otro poema homérico, la Odisea, podemos observar que la Xenia tenía una serie de fases. Cuando Ulyses se encuentra con Nausicaa, lo primero que ella hace frente a ese extranjero es ofrecerle un baño, ungüentos y ropa limpia:

“Es Zeus que nos manda a los pobres y extranjeros errantes que el mas pequeño don agradecen, dice Nausicaa”

El siguiente paso esta dado por la comida y la posterior bebida. Tomo otro ejemplo de la Odisea cuando el hijo de Odiseo recibe a un extranjero quien en realidad es la Diosa de la sabiduría.

«Forastero, salud, bien tratado serás, pero antes de explicar a qué vienes habrás de saciar tu apetito». Dice Telémaco a Mentor (Atenea) al recibirle en Itaca.

Como enunciaba Telémaco, posteriormente se le pide al extranjero que relate sus orígenes y sus propósitos de viaje. Al partir, al extranjero se le ofrece un don o regalo que funcione como recuerdo.

Serían pues cuatro fases: el baño, la comida, el relato de quien es el forastero y la donación o regalo, antes de la partida.

Los aspectos que quisiera resaltar del ritual de la Xenia, son el segundo y el cuarto paso. Me detengo inicialmente en el banquete, el cual dio nombre al famoso diálogo de Platón sobre el amor.

El Banquete originalmente estaba dividido en dos partes, el momento propio de la cena y luego el momento de la bebida al que se denomina Symposium y da origen al famoso diálogo platónico. Este banquete estaba regido por dos diosas, Eunomia (diosa griega de la buena ley o buen orden) y Eufrosine, una de las tres caridades y que portaba en su mano la máscara de la alegría, que era el don que ella repartía.

Para algunos antropólogos ese acto del banquete es uno de los fundamentos fuertes en la constitución de una comunidad. De hecho cuando hay procesos de aculturación, la forma de la cocina de ciertos alimentos es uno de los últimos elementos que se resiste a desaparecer.

Dicha comensalidad es importante para entender el ritual que congrega a católicos cada domingo, en esa ceremonia denominada la misa, que no es sino la conmemoración de un acto fundante de los cristianos, la última cena, donde los participantes hacen un pacto común (la común unidad) comiendo el cuerpo y tomando la sangre de Cristo. "Comed y bebed en conmemoración mía", diría el nazareno.

(Hoy en día, cuando algunos padres se quejan de la falta de participación de los jóvenes en la comensalidad familiar me pregunto si el consumo de drogas con la comunidad de los pares ha entrado a ocupar ese lugar)

Estos hechos de la comensalidad y la comunidad de alguna manera están indicados por Freud en el banquete totémico, donde uno de los actos centrales de la constitución del clan es la prohibición de la ingesta de la carne del animal de origen, representación del padre original. Prohibición que se levanta en la fiesta, en el carne vale, donde la ingesta de la carne del animal totémico recuerda el asesinato pero también recuerda que tras ese acto está la génesis de lo comunitario, del pacto fraterno. Hecho que de alguna manera genera un elemento de ambivalencia en la constitución de la relación fraterna.

Me detengo aquí para hacer una especulación, una hipótesis.

Hay dos circunstancias en la incorporación. Un primer momento, cuando yo devoro al otro, que tendría la romántica figura del niño tomando el seno de la madre, pero que en el otro polo tendría la figura violenta del acto caníbal. Entre estas dos figuras antitéticas podríamos encontrar una serie de figuras intermedias, como por ejemplo los amantes devorándose a besos o poseyendo el cuerpo del otro, o la avidez de un lector ansioso devorando conocimiento. Con ello quisiera decir, que por ahí pasa el lazo de amor, el de conocimiento, el filial, incluso el lazo académico.

Pero en lazo de amistad, en la hospitalidad, hay otra circunstancia en la incorporación y es el momento de la acción conjunta de la devoración, sería la comensalidad propiamente dicha, donde hago del otro no el objeto de mis apetencias, sino el congénere con quien realizo co-operativamente una tarea. Un

momento donde ya no ataco al diferente, lo cual se relaciona con la hostilidad, sino el momento donde invito al otro a compartir una acción desde su des- semejanza, lo hospedo.

Habría un tránsito, de la hostilidad hacia el otro, desde el homo homini lupus, hasta el hospedaje del otro. Del hostis al hospes.

Cabría señalar aquí que en el pensamiento psicoanalítico siempre se resaltaré el carácter ambivalente de nuestras relaciones humanas. Años antes de hablar de una estructura totémica generadora de los primeras fraternidades comunitarias, Freud había enunciado en el proyecto de una psicología para neurólogos el concepto de Neben-mensch (complejo del prójimo o semejante), afirmando:

“Un objeto como este es simultáneamente el primer objeto de satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador.”

El otro aspecto del ritual de hospedamiento del extranjero que quisiera pensar es lo que hoy por hoy hace eco del cuarto paso, el don o regalo, como símbolo del intercambio. Porque pensaría que la relación de amistad y los lazos contemporáneos, se cosificaron, se reificaron, se fetichizaron, en torno a una idea de objeto que los representa. Ya no es como en el tiempo griego un tiempo de compartir con el otro, sino que la época moderna hace del otro un objeto de uso.

La dinámica de la vida contemporánea conlleva a una posición en la que mi relación con el otro debe reafirmarse a partir de la objetalización de un consumo. Retornamos de la comensalidad al consumo del otro como objeto

Por ello las relaciones fraternas contemporáneas tienden a estar cuestionadas desde preguntas como ¿Qué obtengo de mi relación con el otro? ¿Qué me queda de la relación con el otro? Pareciera que la tendencia en el intercambio social es que de el otro debe quedarme algo: dinero, regalo, información, un escrito, una foto, un chat.

Incluso pensándolo desde el lado terapéutico esto opere de manera similar, tal vez por ello el saber objetivado en un libro de autoayuda, en un manual de convivencia, en una lista de tips, en una pepa, es tan importante para quien nos consulta o demanda.

Cuando enuncio esto pienso en muchas cosas, es objetivable la información moral que una comunidad encuentra en los grupos religiosos, es objetivable la información sobre el uso de derechos que revertirá en recompensas de infraestructura básica y económica cuando realizo una demanda al estado, es objetivable para el paciente cuando su terapeuta le da un fármaco, llámese este fluoxetina, sertralina, o las goticas de valeriana creadas con cuarzos del polo sur.

La información cumple el rol social de objeto consumible en oposición a las narrativas donde se despliega algo más singular, no necesariamente devorable o consumible.

La postura psicoanalítica que pide al sujeto que hable, no tiene una finalidad que provoque una objetivación. Pero el peligro de nuestras labores terapéuticas es caer precisamente en ese lugar, en donde presas de la angustia alienante que pide que seamos dadores de algo, nos convertimos en informantes de cómo vivir, en palabreros al servicio de discursos de autoayuda, en pseudopolíticos al servicio de cualquier discurso que circule por la polis, ora el reconocimiento de los derechos civiles, ora la importancia de los discursos de género, ora el cuidado del ambiente.

La posición psicoanalítica implica de alguna forma darle potencia a una palabra que eluda su objetivación alienante, que esquive esa actitud permanente que lleva al actuar, que se refuerzan en frases que dicen: preferimos hechos, no palabras, obras son amores y no buenas razones,

Con estos elementos, quisiera retomar la pregunta hecha al principio de esta divagación ¿Cómo alojamos hoy en día al otro, al migrante, a ese extraño que atraviesa fronteras y nos presenta su alteridad próxima o distante?

Hay un frater que nos acerca a una cierta dimensión de nuestra mismidad, porque habla nuestra misma lengua, o porta nuestras mismas costumbres, o cree en nuestros mismos dioses. Con ese frater hay una cierta relación de igualdad, es un alter que no nos altera. Pero ¿Qué acontece con ese otro que nos marca una diferencia radical?

Una reacción que observo es el intento de reducir la alteridad del otro a mi unidad o mismidad. Negar la diversidad del otro y poder homologarlo a los patrones normativos propios. Es volver similar al disímil, semejante al desemejante. En cierto modo es la búsqueda de un reflejo narcisista, que el otro se vuelva un eco de nuestras idiosincrasias. No una práctica de intercambio, sino una práctica de asimilación que pasa por diversas figuras: la evangelización, el adoctrinamiento, la inclusión pedagógica, el enamoramiento.

A propósito de esas figuras, Roger Dorey, en un artículo llamado relación de dominio, planteaba que había dos formas de dominar o reducir al otro hacia una "mismidad", esas dinámicas serían la seducción y la tiranía. En la seducción el deseo parte de mí hacia el otro, no es el otro quien desea, la labor seductora busca que el deseo cambie de dirección y sea el otro quien "me desee". Si la vía de la seducción no es posible, vendría la imposición tiránica. El proceso de imposición del deseo tiene tres fases: despojo del deseo del otro, imposición de mi propio deseo en el otro y por último la marca escrita en el cuerpo, la huella que se tatúa o se inscribe en la piel del otro. En esta dinámica hay un desconocimiento del otro.

Pero está la otra idea de las dos partes que se complementan, reflejado en las ideas populares de la media naranja, del complemento, del hacer click, a la manera del concepto griego del símbolo que en principio era una moneda que se partía en dos, y servía como contraseña para que dos ciudadanos pudieran reconocerse. Lo contrario de sim-bolo era dia-bolo.

Esa noción de dia-bólico es la que emerge cuando el otro no refleja los patrones de nuestros códigos. Ahí demonizamos al otro, no lo asumimos como un frater. Esto acontece si pensamos en lo que nos deparan prácticas contrarias a nuestra cultura y como denostamos de ellos, convertimos los comportamientos del diferente en actos bárbaros.

Un ejemplo de esas nominaciones de barbarie está en la mujer musulmana que se cubre frente a la hija de la cultura moderna, de la feminidad liberal post sesenta que ha hecho del develamiento no solo un concepto sino un hacer. O en la práctica de la clitoridectomía y de la circuncisión en tribus de África occidental o central, que también se rechaza con indignación y se condena desde nuestra razón salubrista y erradicadora del mal y de la enfermedad. A ese otro lo sometemos o lo excluimos, si se opone a nuestra mismidad.

Pero no es tan necesario que sea un Bárbaro para que la hostilidad emerja, como bien decía Freud en su acepción de Neben-mensch, ese frater puede ser el objeto que facilite la expresión de nuestras hostilidades. Para buscar un punto común de códigos compartidos, pensemos en el origen de los relatos bíblicos, la génesis de nuestras narrativas míticas comienza con un Cain guiado por la envidia y termina por las acciones de los hermanos de José guiados por el mismo sentimiento.

Con relación a las fraternidades me gustaría hacer algunas consideraciones, a propósito de los ejemplos enunciados de las hermandades. Los lazos de sangre, son relaciones que se construyen en un tipo de lazo que nos ata sin elección. La fraternidad familiar es una relación impuesta, deificada por la noción de sangre, así como antes se deificaba el antepasado espiritual. La sangre es un símbolo que impone un amor entre dos portadores del mismo linaje.

Los lazos de sangre se fundan en una cierta noción de semejanza, podría enunciarlos como la negación de la des-semejanza; la hermandad se ve como una especie de gemelaridad y la relación paternofilia como una herencia que copia adn a la manera de una enfermedad hereditaria.

En su ensayo sobre la amistad, Montaigne señalaba que estas relaciones fraternas son la negación de la libertad humana, y ponen de base a una obligación natural como orden de nuestras relaciones. De este autor traigo dos citas que desdican de esta idea de semejanza de los lazos familiares.

Aristipo (filósofo griego fundador de la escuela cirenaica), cuando se le hacía presente el cariño que a los suyos debía por haber salido de él, se ponía a escupir diciendo que su saliva tenía también el mismo origen, y añadía que también

engendramos piojos y gusanos. Plutarco cuando deseaban ponerle en buena armonía con su hermano, objetaba diciendo: «No doy importancia mayor al accidente de haber salido del mismo agujero.»

La relación de sangre que impone una fraternidad ha tenido consecuencias fatales en algunos relatos de la humanidad como los ya mencionados ejemplos bíblicos, tal vez por ello la indicación de Freud que es en las dinámicas familiares donde se cocina la novela trágica de todo neurótico. Los lazos de sangre literalmente nos sangran, o des-sangran.

Por ello me parece importante diferenciar el lazo de amistad del lazo de hermandad, muchas veces tratamos al amigo desde el modelo de la hermandad y ahí, tal vez, habría un reduccionismo “peligroso”, porque llevamos el lazo social al lazo sangriento y carnal, “neurotizando” el vínculo fraterno. En latín el término *frater* terminó indicando palabras como *fraile* o *cofrade*, y el término *germanus* (natural, auténtico) terminó indicando el lazo familiar. Esto que acabo de enunciar es una hipótesis para tomarlo con pinzas y pensarlo detenidamente.

Pero lo que quiero indicar es que de alguna manera, el lazo fraterno, de amistad, debería tomar distancia del lazo familiar y para ello podría pensarlo también desde el paso de lo endogámico familiar a lo exogámico de lo público.

Pienso en el ritual de paso de la pubertad que hay en otras esferas espaciotemporales diferentes a nuestro occidente moderno, momento que marcaba y legitimaba el deshacer de los vínculos endogámicos para la búsqueda de la alteridad, de la exogamia, para posibilitar un encuentro identificatorio y amoroso con otro(s) sujeto(s) por fuera de la esfera familiar naturalizada.

Para seguir con la idea griega, ese sería el momento en el que transitamos hacia el espacio de la polis, al espacio público, donde se genera el encuentro con un diferente que permita una confrontación con nuestros dioses o ideales familiares.

El momento de la polis, de lo público, de lo exogámico plantea una reconsideración del otro familiar que está teñido de sangre, sudor y lágrimas, que está estructurado desde un Edipo que deja la relación humana en ese tono de tragedia a la que condenan los incestos sobre la humana tierra.

Antes de terminar quisiera pensar a partir de estas reflexiones, en lo que pasa con nuestra institucionalidad

¿Es el lazo del colegaje una forma de la amistad, de fraternía? ¿Es el colegaje un comensalismo o un canibalismo? ¿Podemos hospedar al otro aceptando su des semejanza? ¿Logran soportar las instituciones la interacción de las diferencias, no solo con los demás sino consigo mismo?

La institucionalidad logra soportar un lazo fraterno en tanto sus integrantes logren sostener el pacto originario, cuando se crea la ilusión de la unidad identitaria, el todo somos uno, la común unidad del todos para uno y uno para todos. Esa unidad que Freud denominó como el compartir común de la misma idea y objeto en el lugar del ideal del yo, el momento de la masa, donde no hay posibilidad para la diferencia. Es el momento del ritual totémico, en el cual se devora la palabra de Dios, de Freud, de Klein, de Lacan, el momento del “te alabamos señor(a)”.

Ese momento de la ilusión del paraíso, del cumplimiento de la norma, de la idea común, construye un territorio signado por un centro y unos límites. El centro es el dogma, el núcleo esencial instituido, el pacto guardado en el arca, de donde emerge la presencia de un grupo que a la manera sacerdotal preserva el dogma, la verdad, el anillo de poder. Allí hay marqueses, es decir los que cuidan de las marcas y de los límites y cada tanto nos advierten o recuerden algún cruce indebido de las fronteras. Una figura que daría forma a esta idea sería la del inquisidor, la del vigilante del panóptico.

Pero recordemos, insistiendo en la ambivalencia humana, que no hay existencia de un hecho sin su polo contrario, no hay materia sin anti-materia, al menos en el pensamiento psicoanalítico. Esto plantea que no hay idealización del padre sino existiera la posibilidad de su derrocamiento. Institucionalmente podríamos ver aquí la forma de la ruptura institucional. Quiebre que usualmente esta generado por el develamiento de un secreto, de lo oculto, de aquello que la idea unitaria eclipsaba, como por ejemplo en la historia del psicoanálisis lo que aconteció con el develamiento de Jeffrey Masson.

De nuevo los mitos fundantes nos mencionan algo de esto. Eva y Adán accediendo al árbol prohibido del conocimiento, Prometeo robando el fuego de los dioses para entregarlo a los hombres. Antígona desacatando la ley. El mito nos plantea que quien atente contra ese núcleo identitario están condenado al destierro, a vagar por los márgenes, al dolor de la discriminación (Prometeo atado a la roca). Los desterrados, vagan por los márgenes, o fuera de ellos, son parias.

Este segundo movimiento en reacción a la idealización constituye el par antitético de la institucionalidad en la vida moderna. Diría que la tramitación de nuestra vida por las instituciones esta determinada por el movimiento pendular entre la idealización y la crisis, entre la defensa del dogma y su deshacimiento.

Retornando y para concluir pienso que la philia, al menos desde el mundo griego, define la relación de hospitalidad: “tratar como a uno de los suyos a quien no lo es”. Definición que de entrada reconoce que hay una diferencia, y que ese ser diverso es pasible de ser abordado de acuerdo a como se trata al propio.

Para una comprensión del frater como otro, pienso en Levinas, quien desde otra perspectiva diversa a la analítica, plantea que ser hombre equivale a no ser yo, que vivir humanamente significa desvivirse por el otro. Desde un lado opuesto a lo

pulsional, piensa en una ética que dinamice el encuentro con el otro, y ello implica que el Yo deponga su soberanía.

Habría que pensar en una forma diferente de concebir al Yo, la cual no podría ubicarse desde una expresión narcisista sino desde un trastocamiento en la valoración del otro. No tanto un libre albedrío sino una responsabilidad ética por el otro. No tanto pensar el otro como un desdoblamiento del si mismo, esa sensación de la otra mitad o de la simetría, sino otro que desde el principio plantea una diferencia irreductible a una relación de igualdad.

A manera de conclusión plantearía que lo fraterno sería una línea media imaginaria que oscila entre esa tensión narcisa que tiende a reducir al otro a un espejo de la mismidad y una responsabilidad ética que tiende a deshacer al Yo a favor de la responsabilidad hacia el otro.